

La paz, la única opción

Entrevista al secretario de Estado del Vaticano, card. Pietro Parolin
07/04/2026 por [Enzo Romeo](#)



Este artículo se publicó en

En esta etapa histórica, la diplomacia se ve cuestionada por la lógica del más fuerte. ¿Por qué?

No debemos esconder la cabeza bajo el ala, la lógica del más fuerte siempre ha existido. Sin embargo, es cierto que, sobre todo en los últimos años, la diplomacia, la creatividad diplomática y la capacidad de negociación han ido desapareciendo poco a poco. Es como si, poco a poco, nos rindiéramos ante la lógica del más fuerte. Me llama la atención con cuánta determinación —estaba a punto de decir facilidad— se presenta la opción bélica como la solución definitiva, casi inevitable, doblegando el derecho internacional a su antojo. Mientras tanto, la diplomacia parece muda, incapaz de activar instrumentos alternativos. Parece haberse perdido la conciencia del valor de la paz, la conciencia de lo trágico de la guerra, la conciencia de la importancia de las normas compartidas y de respetarlas.

¿De dónde tiene su origen la crisis del multilateralismo?

Si la analizamos desde el punto de vista de los efectos, es una crisis originada por el uso de la fuerza que sustituye a las normas y por hacer prevalecer el propio interés o el interés de unos pocos. Al mismo tiempo, como acabo de decir, de la pérdida de la capacidad de abordar las cuestiones comunes mediante soluciones que impliquen a todos. Si analizamos esta crisis más a fondo, descubrimos que no se trata solo de la voluntad de los Estados de reducir a un papel marginal a las instituciones internacionales, sino más bien del afianzamiento de un multipolarismo inspirado en la primacía del poder.

¿A qué se refiere exactamente cuando habla de un «multipolarismo inspirado en la primacía del poder»?

Me refiero a un multipolarismo que parece regirse por la capacidad de manifestar autosuficiencia y poder, por la determinación de preservar las fronteras estatales y supranacionales pensando que son impermeables. En definitiva, por perseguir siempre y únicamente la primacía y, a veces, el predominio del propio país, invocando el derecho internacional solo cuando conviene y, lamentablemente, ignorándolo en muchos otros casos. Este uso de dobles raseros no tiene en cuenta una verdad de la que ya hablaba Immanuel Kant, en 1795, en su obra *Hacia la paz perpetua*, cuando sostenía que «la violación del derecho que se produce en un punto de la tierra se siente en todos los puntos». Para no ser abstractos: muchos gobiernos se han indignado por los ataques contra civiles ucranianos perpetrados por misiles y drones rusos, imponiendo sanciones a los agresores. No me parece que haya ocurrido lo mismo con la tragedia de la destrucción de Gaza.

En el fondo está la pretensión de garantizar la paz con las armas, mientras que León XIV invita continuamente a una paz «desarmada y desarmante». ¿Es una utopía vaciar los arsenales, especialmente los nucleares?

Más bien es una utopía pensar que la paz está garantizada por las armas y los equilibrios impuestos por el más fuerte, en lugar de por los acuerdos internacionales. Es una utopía pensar que la paz está garantizada por las armas también porque no se tienen en cuenta los enormes intereses económicos que están en juego. En junio de 2025, León XIV, en su intervención en la 98.ª Asamblea plenaria de

la ROACO (Reunión de Obras de Ayuda a las Iglesias Orientales), dijo: «¿Cómo se puede seguir traicionando los deseos de paz de los pueblos con la falsa propaganda del rearme, bajo la vana ilusión de que la supremacía resuelve los problemas en lugar de alimentar el odio y la venganza? La gente es cada vez menos ajena a la cantidad de dinero que va a parar a los bolsillos de los mercaderes de la muerte y con la que se podrían construir hospitales y escuelas; ¡y en cambio se destruyen los que ya están contruidos!». Creemos firmemente que hay que vaciar los arsenales, empezando por los nucleares.

No podemos fingir que no recordamos que hace unas décadas se firmaron acuerdos muy importantes para una reducción progresiva de las armas atómicas. Acuerdos que ahora se han dejado de lado y no se renuevan para dar aún más vía libre a la construcción de instrumentos de muerte letales, capaces de aniquilar la vida en la Tierra. Me gustaría recordar a este respecto que, en un famoso discurso pronunciado en Hiroshima en 2019, el papa Francisco calificó de inmoral no solo el uso, sino también la posesión de armas atómicas.

En 1989, tras la caída de los muros, se esperaba un mundo más libre y solidario. El propio Juan Pablo II soñaba con una Europa que respirara por fin con dos pulmones, el este y el oeste. Y, en cambio, se produjo el 11 de septiembre y una serie interminable de guerras, entre ellas la más sangrienta —la ruso-ucraniana— precisamente en las fronteras orientales de nuestro continente. ¿Nos habíamos hecho ilusiones o es que algo no ha funcionado en la gestión de los nuevos equilibrios mundiales?

No creo que nos hubiéramos hecho ilusiones. Sin duda, san Juan Pablo II soñaba con una Europa unida no por el consumismo y la globalización, sino por valores compartidos. La historia, hay que reconocerlo, ha tomado otro rumbo y, en lugar de un mundo más libre y solidario, hemos visto surgir un mundo más inestable, sin que se hayan puesto en marcha remedios eficaces contra las tremendas injusticias que hacen que millones de personas sufran hambre, sed, la privación de la más mínima asistencia sanitaria y de condiciones de trabajo dignas para el ser humano.

Es demasiado fácil decir que algo no ha funcionado: basta con pensar, hablando solo de Europa, que nos hemos hundido en un clima de guerra fría inimaginable hace unas décadas. La guerra entre Rusia y Ucrania es una herida en el corazón de la Europa cristiana y nos interpela especialmente. Tengo la impresión de que no se percibe lo suficiente la devastación que esta guerra ha provocado en Ucrania, el enorme precio en vidas humanas, la destrucción de ciudades e infraestructuras. Sería necesario un impulso de humanidad y responsabilidad por parte de todos. En cambio, duele constatar que, en muchos casos, la única respuesta es el rearme.

Usted, al dirigirse a los nuncios apostólicos, dijo que es necesario tener en cuenta el panorama concreto que se tiene ante sí. ¿Es decir que, también en el ámbito diplomático, hay que superar la nostalgia de un pasado que ya no existe?

La diplomacia es el arte de lo posible y nunca puede actuar según esquemas preestablecidos, impuestos desde arriba, o basándose en doctrinas abstractas. Siempre hay que partir de la realidad que se tiene ante sí, aunque no nos guste, aunque no se corresponda con nuestras expectativas, aunque —a veces— sea aterradora.

En cuanto al «pasado que ya no existe», me gustaría decir que no solo los diplomáticos de la Santa Sede, sino todos nosotros, nunca podemos construir nada positivo en la nostalgia del pasado: estamos llamados a vivir el presente, nuestro presente, tal y como es, haciendo todo lo posible por cambiarlo, por transformarlo, sin rendirnos nunca.

Siempre en el discurso que pronunció en la Pontificia Academia Eclesiástica, invitó a quienes trabajan en la diplomacia a la visión de futuro y al sano realismo. ¿Cómo objetivar estos valores?

La visión de futuro significa saber mirar más allá de nuestras narices, teniendo en cuenta las consecuencias que nuestras decisiones de hoy tendrán para las generaciones futuras. Significa, por ejemplo, por parte de la política, buscar soluciones que velen por el bien común y no estén

orientadas únicamente a ganar las próximas elecciones. Por parte de la diplomacia, significa perseguir —o al menos intentar perseguir— soluciones que conduzcan a una paz duradera, respetuosa con los derechos y el bien de todos. El sano realismo significa actuar teniendo en cuenta la realidad tal y como es y no basarse en ideas inaplicables. Significa tener en cuenta los resultados posibles e intentar alcanzarlos paso a paso.

La Europa unida se ve hoy cuestionada, tanto en su interior por los llamados partidos soberanistas, como en el exterior, con los ataques verbales (y no solo) de Putin y Trump. ¿Hay que reformar la Unión Europea para evitar que sea demolida? ¿Y cómo?

Europa no es una entidad determinada por fronteras geográficas, sino una realidad que ha compartido y que comparte valores comunes. Hay que redescubrir lo que nos une. Debemos reavivar aquello que nos ha convertido en lo que somos. Estoy convencido de que la Unión Europea necesita reformas para evitar caer en decadencia, víctima no solo de los ataques externos, sino también de los protagonismos internos. En las crisis internacionales, incluso en aquellas que, lamentablemente, han tenido lugar en nuestras fronteras, a veces Europa no ha sido capaz de hablar con una sola voz. Necesitamos reavivar en los pueblos el sentido de pertenencia europea y, en los líderes, la conciencia de la necesidad de acciones comunes sin traicionar nunca los principios que constituyen la base de la propia Unión Europea.

Algo similar puede decirse de las Naciones Unidas. El juego de los vetos ha limitado históricamente su capacidad de intervención, pero ahora hay quienes consideran que esta institución es inútil o incluso contraproducente. ¿Cuál es su opinión al respecto? ¿Y cómo ve la creación de instrumentos alternativos como el «Board of Peace»?

La Santa Sede sigue creyendo en la importancia de las Naciones Unidas y las apoya, al considerar que las organizaciones internacionales son fundamentales para frenar la lógica del más fuerte. Es cierto, lamentablemente, que existe desconfianza y que los vetos han limitado la capacidad de intervención de la ONU en situaciones de conflicto, ¡pero no podemos rendirnos y pasar de la fuerza del derecho al derecho de la fuerza! En cuanto al *Board of Peace*, como es sabido, se invitó a la Santa Sede a participar en él como miembro, pero, tras examinar la propuesta, decidió no adherirse. De hecho, hemos considerado que la peculiar subjetividad internacional de la Santa Sede no permite tal participación formal. No obstante, la Santa Sede mantiene abierto el diálogo con los países que han ingresado en el *Board of Peace*, ya que está dispuesta a hacer todo lo posible para favorecer la paz y la reconstrucción, en estrecha colaboración con la Iglesia católica en Tierra Santa. Para que se alcance este objetivo, considero necesaria la participación de los organismos internacionales y de los propios palestinos, porque no es posible decidir el futuro de la Franja ignorando a sus legítimos habitantes, que son ciudadanos del Estado de Palestina, una entidad que hay que salvaguardar frente a cualquier intento de anexión, lo cual es contrario a las resoluciones de las Naciones Unidas y a los principios básicos de la justicia. Por lo tanto, la Santa Sede seguirá con atención el desarrollo de esta iniciativa, con la esperanza de que alcance realmente el objetivo de una paz justa y duradera en la región. Temo, sin embargo, que la situación actual, que ha visto a Oriente Medio arrastrado a una gravísima espiral de violencia, influya también de manera decisiva en lo que sucederá en el futuro próximo en Palestina. Al mismo tiempo, permítanme decir que el *Board of Peace*, con todas sus limitaciones, es al menos un intento de hacer algo tras la masacre de civiles a la que hemos asistido en Gaza. Cabría preguntarse qué otras iniciativas ha habido y qué otros intentos se han puesto en marcha.

El proceso de unificación europea fue liderado en la posguerra sobre todo por líderes de inspiración católica (De Gasperi, Schuman, Adenauer), pero en años más recientes se rechazó en la Unión Europea la referencia a las raíces cristianas. ¿Y hoy? ¿Qué aportación puede hacer el creyente cristiano a Europa?

De hecho, la referencia a las raíces cristianas de Europa, tan ansiada en su momento por Juan Pablo II, fue rechazada por la Unión Europea. Lo que más me preocupa, más allá de la mención en el

papel, es hasta qué punto estas raíces están vivas y operativas hoy en día. Es decir, hasta qué punto es concreta y presente la contribución de los cristianos al proyecto común europeo. Es una pregunta abierta. En cuanto a la contribución que el creyente puede aportar hoy, creo que es fundamental: pensemos ante todo en el valor de la vida y la dignidad del hombre, en la libertad religiosa, en la propuesta de medidas correctivas al actual sistema económico-financiero de acuerdo con los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, en la salvaguardia de la creación. Pensemos sobre todo, hoy, en el valor de la paz, tan insistentemente recordado por los últimos sucesores de Pedro. Me ha llamado la atención que el papa León haya pedido a los obispos italianos que trabajen en este sentido, involucrando a todas las comunidades cristianas. He aquí que se necesitarían más voces de paz, más voces contra la locura de la carrera armamentística, más voces que se alcen en favor de nuestros hermanos más pobres, más voces y más propuestas —pienso, por ejemplo, en el mundo de las universidades católicas— para nuevos modelos económicos basados en la justicia y el cuidado de los más débiles, en lugar de en la idolatría del dinero.

Al inicio del conflicto ruso-ucraniano, Putin rechazó la mediación ofrecida por el papa Francisco y las posiciones de Trump hoy están muy alejadas de las de su compatriota Prevost. ¿Debemos deducir de ello que nadie escucha las palabras de los pontífices?

No podemos engañarnos: la voz de los papas es profética y está marcada por ese realismo del que hablaba antes. El obispo de Roma es una autoridad moral cuya importancia ha crecido al perder su poder temporal.

Pero es una voz que clama en el desierto si no se la respalda y se la ayuda de manera concreta. Basta pensar en la acción de Juan Pablo II en favor de la libertad en los países de Europa del Este bajo el telón de acero: su voz fue respaldada y apoyada porque esa acción redundaba en interés de los países occidentales.

Pero cuando, tras la caída de esos regímenes, milagrosamente casi incruenta, el mismo pontífice suplicó que no se emprendiera primero la primera y luego la segunda guerra en Irak, fue abandonado por aquellos mismos que hasta poco antes lo aclamaban.

Por eso no es de extrañar que haya posiciones «muy distantes». Por otra parte, es importante subrayar que esta distancia nunca debe impedir mantener un diálogo abierto con todos.

Si miramos a la Casa Blanca, vemos que en la administración Trump se da mucha importancia a los valores religiosos cristianos. El vicepresidente Vance es un converso a la Iglesia católica y se define a sí mismo como un practicante asiduo. Pero, ¿cómo conciliar esto con las decisiones de política interna (lucha despiadada contra la inmigración) e internacional (uso de la fuerza, reivindicaciones territoriales, política arancelaria, etc.)?

Es una pregunta que habría que plantear a los interesados. No me molesta escuchar a políticos que se refieren a los valores cristianos y los señalan como el faro de su acción. Hablo en general y para todos: la cuestión es que la fe cristiana, con sus consecuencias, no es un escaparate de diversos productos cuya elección se deja en manos del comprador. No podemos decir que amamos y defendemos la vida y preocuparnos solo por la de los no nacidos sin tener en cuenta que también es vida la de los migrantes que mueren en el mar, la de las mujeres y los niños que no tienen qué comer, la de los pueblos devastados por las armas que producimos y vendemos, la de quienes reivindican el derecho a elegir libremente su fe. Como dijo el papa León: «Quien dice estar en contra del aborto, pero a favor de la pena de muerte, no es verdaderamente provida. Quien afirma estar en contra del aborto pero está de acuerdo con el trato inhumano a los inmigrantes, no sé si es realmente pro-vida». Al mismo tiempo, quien se preocupa por salvar a las ballenas pero justifica el asesinato silencioso de un número enorme de seres humanos en el seno materno, cae en la misma contradicción.

Hablando de Estados Unidos, causó gran revuelo la redada que condujo a la captura del presidente venezolano Maduro. La Santa Sede había propuesto también en este caso una mediación que no fue aceptada. A la luz de lo ocurrido, usted, que fue nuncio en Venezuela,

¿qué consecuencias prevé para este país y, en general, para las relaciones entre EE. UU. y América Latina?

Más allá de lo que ha ocurrido y de cómo ha ocurrido, seguimos apoyando siempre la solución pacífica, pidiendo que se respete la autodeterminación del país y el bien del pueblo venezolano. Como ya he dicho, es cierto que habíamos intentado encontrar una solución que evitara cualquier derramamiento de sangre, llegando a un acuerdo con Maduro y con los demás representantes del Gobierno venezolano, pero no ha sido posible.

Usted ha estado recientemente en Dinamarca con motivo del XII centenario de la evangelización del santo obispo Óscar (Ansgario). ¿Qué ambiente encontró tras la conmoción causada por la amenaza de I e Trump de anexionar Groenlandia a los Estados Unidos?

En la reunión que mantuve en Copenhague con el ministro de Asuntos Exteriores danés, el pasado 26 de enero, en el marco de la visita a Dinamarca como legado pontificio para este importante centenario, hablamos, obviamente, también de la cuestión de Groenlandia. Sin duda, percibí preocupación por la amenaza de una posible anexión, pero también constaté el esfuerzo conjunto del Gobierno danés y del Gobierno autónomo de Groenlandia por llegar a un acuerdo con los Estados Unidos. Me parece que, por el momento, la cuestión ya no está de actualidad y eso nos alegra. Diría que todo este asunto ha llevado tanto a Groenlandia como a Dinamarca a reconsiderar la importancia estratégica de sus relaciones y, sobre todo, ha llevado al pueblo groenlandés a una renovada conciencia de su propia identidad. En la reciente visita al Vaticano del pasado 4 de marzo, la ministra de Asuntos Exteriores de Groenlandia reiteró la voluntad de su pueblo de alcanzar la autodeterminación, en el respeto del derecho internacional, y el esfuerzo por seguir la vía diplomática con la administración estadounidense para garantizar la seguridad común.

Pasando a otro frente, ¿se puede imaginar una solución a la crisis iraní sin más derramamiento de sangre? ¿Y cómo conciliar la preocupación de la Santa Sede por el respeto de los derechos humanos con el diálogo interreligioso entre el Vaticano y el islam chiíta?

Un nuevo frente de guerra podría tener consecuencias desastrosas para Oriente Medio y para el mundo. Por lo tanto, es deseable que se encuentren soluciones negociadas y que se respete el derecho internacional. En cuanto al diálogo interreligioso, continúa, nunca se ha interrumpido, y me gustaría recordar a este respecto el histórico encuentro de 2021 del papa Francisco con el gran ayatolá Ali al-Sistani, máxima autoridad chiíta de Irak, en su residencia de Nayaf. Al mismo tiempo, esperamos que se tengan en cuenta las demandas de la población y que se respeten los derechos humanos, cultivando con paciencia el diálogo y la paz. Y persiguiendo el bien común de toda la sociedad.

Uno de sus predecesores, Agostino Casaroli, habló del «martirio de la paciencia» refiriéndose a la *Ostpolitik* de la Santa Sede con los países del bloque del Este. ¿Se puede aplicar esta definición a las relaciones actuales entre la Iglesia de Roma y el Gobierno de Pekín?

Sí, sin duda, y me gustaría añadir: ¡no solo con China! El diálogo continúa, a pesar de las dificultades. Me gustaría subrayar una vez más —por desgracia, esto cuesta entenderlo— que el acuerdo provisional firmado en septiembre de 2018 no es un concordato ni un acuerdo político-diplomático, sino que se refiere únicamente al procedimiento de nombramiento de los obispos. Para un cristiano, para un católico, la comunión con el sucesor de Pedro es esencial, ¡no es opcional! El hecho de que hoy en China todos los obispos estén en comunión con el Papa es fundamental.

A nivel diplomático, entre la Santa Sede y la República Popular China sigue existiendo el nudo del reconocimiento vaticano de Taiwán, que Pekín considera su propio territorio. Por no hablar de Hong Kong, donde la ley de seguridad nacional ha reducido los espacios de libertad, también de los católicos. ¿Cómo cuadrar el círculo, salvando la línea de diálogo con Pekín sin ceder en los principios fundamentales?

Ya hace veinte años, el entonces cardenal secretario de Estado Angelo Sodano dijo públicamente

que, si la República Popular China lo deseaba, la Santa Sede trasladaría inmediatamente su representación diplomática de Taipéi a Pekín.

Esto no significaría en absoluto romper las relaciones con Taiwán, sino más bien regresar a la China continental, de donde la Santa Sede fue expulsada en 1951. En cuanto a Hong Kong, la Iglesia sigue comprometida con el diálogo con las autoridades y con garantizar la libertad religiosa.

A lo largo de 2026, «Dialoghi» tiene como hilo conductor el tema del cambio: tecnológico, humano y también geopolítico. En el ámbito de los equilibrios internacionales, ¿adónde nos llevarán los cambios tan rápidos a los que estamos asistiendo?

Creo que el papa Francisco tenía toda la razón al afirmar que la nuestra no es una época de cambios e es, sino que estamos viviendo un cambio de época. La tecnología ha dado y sigue dando pasos enormes, y debemos rechazar, por un lado, los prejuicios y la demonización, y, por otro, la ingenua confianza ciega. Es importante subrayar los límites que no deben traspasarse, como confiar a las máquinas la facultad de decidir sobre la vida y la muerte de las personas, como lamentablemente ocurre con ciertas armas sofisticadas.

Luego está el gran y muy actual tema de las noticias falsas, de los chatbots que dialogan en las redes sociales como si fueran personas reales. Debemos defender la humanidad y luchar contra la deshumanización. Lamentablemente, estas herramientas tan poderosas y sofisticadas corren el riesgo de convertirse en instrumentos de los poderes fuertes que intentan manipularnos. El factor humano es y debe seguir siendo decisivo.

¿Cómo explicar la contradicción de esta era digital que nos hace a todos hiperconectados y capaces de dialogar, pero que, sin embargo, ve crecer el miedo al otro y el levantamiento de nuevos muros?

Como señalas, es una auténtica contradicción. Nos bombardean con millones de noticias, estamos hiperinformados, pero solo en apariencia. Estamos constantemente conectados, sin darnos cuenta de que esta conexión acaba condicionándonos: basta con ver cómo han cambiado las generaciones jóvenes. La hiperconectividad mediada por las herramientas tecnológicas hace que, poco a poco, caigan ciertas reservas que tendríamos si nos encontráramos frente a la persona de carne y hueso. Así, en las redes sociales crece el miedo, pero también el uso de un lenguaje de odio, despectivo y poco respetuoso con el otro. Cada vez que publicamos un comentario, tal vez criticando a alguien, deberíamos preguntarnos siempre si usaríamos las mismas palabras y el mismo tono si tuviéramos delante, en persona, a la persona a la que estamos criticando. Por eso lo digital nunca podrá sustituir a lo humano, y si las redes sociales son importantes para conectar a las personas, es esencial seguir encontrándonos en persona, mirándonos a los ojos.

Lamentablemente, la propagación de noticias falsas, la exacerbación de las polémicas, la simplificación del pensamiento y la reducción de la realidad a eslóganes contribuyen a aumentar miedos a menudo injustificados y a identificar «enemigos» inexistentes. Por eso, levantar muros y vallas va de la mano del aumento del miedo. Como cristianos, debemos oponernos a esta deriva con nuestro testimonio cotidiano: el odio, la guerra y la violencia comienzan cuando olvidamos el rostro del otro.